

PARÍS
PUEDE
ESPERAR

A woman with blonde hair, wearing a vibrant red jacket, stands on a balcony or walkway overlooking the Seine River in Paris. She is looking upwards with a hopeful expression. In the background, the Eiffel Tower rises against a cloudy sky. The trees along the riverbank are in autumn, with some showing yellow and orange foliage. The overall mood is romantic and contemplative.

MARISA SICILIA

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide.

Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra...

Y es que así es la vida. Impredecible.

Índice de contenido

Cubierta

París puede esperar

Dedicatoria

14 de marzo de 2020

15 de abril de 1995

25 de marzo de 2020

10 de febrero de 2002 (y septiembre, noviembre... y un salto a 1992)

6 de abril de 2020

1 de noviembre de 2016

15 de abril de 2020

Otro abril de otra primavera

Sobre la autora

*A Erika Fiorucci, que me envía sonrisas
a través de la distancia*

14 de marzo de 2020

—¿Lo han anunciado ya?

Manuel se asoma a la puerta con el móvil pegado a la oreja y la mirada puesta en el televisor que cuelga en un ángulo de la cocina.

Alicia niega con la cabeza. No ha dejado de ver las noticias desde que supo que el consejo de ministros se había reunido de urgencia para tomar medidas ante la pandemia de coronavirus.

—Aún nada, siguen reunidos.

No hay confirmación, pero ya se da por hecho. Tras el cierre de los colegios, después del asalto a los supermercados y ante la escalada de nuevos contagios, viene el confinamiento. Como en Italia, como dos meses antes en China, cuando parecía que las imágenes de sanitarios enfundados en equipos de protección y ciudadanos recluidos en sus domicilios no tenían nada que ver con ellos.

—Avísame cuando empiece.

—Descuida —asegura frente a la taza vacía de café.

Ha preparado otro para Manuel, pero ya se ha quedado frío. Desde que se levantó ese sábado lleva todo el día colgado del móvil. Ha hablado con el director de su departamento, con los proveedores, con clientes... Dicen que el gobierno va a ordenar el cierre de los servicios no esenciales. Manuel trabaja en el servicio postventa de una empresa de automoción, ¿cómo de esencial es seguir fabricando co-

ches? ¿Quién va a comprarlos si todos están encerrados en casa?

A Alicia el paro forzoso le llegó antes. Junto con Carmen, compañera, socia y amiga —no necesariamente por ese orden— dirige una escuela infantil y también hace de monitora suplente, limpiadora, administrativa y telefonista, es lo que tienen las empresas pequeñas. El lunes la Comunidad de Madrid dio la orden de cerrar los centros educativos y de atención a la infancia. Con todo el dolor de su corazón —y del de las madres y padres que de un día para otro se encontraron con que no tenían dónde dejar a sus hijos— se vieron en la obligación de suspender el servicio. Alicia y Carmen habían seguido acudiendo a diario para atender las llamadas y dejarlo todo preparado para la vuelta. Pero era raro ir por los pasillos y encontrarse con las salas vacías. La tarde del jueves le mandó un mensaje a Carmen para avisarle de que al día siguiente no iba y desde entonces no se ha movido de casa.

—¡Manuel! ¡Ya empieza!

Manuel se despide de su interlocutor y regresa a toda prisa a la cocina. No se sienta al otro lado de la mesa —su lado—, sino que se queda junto a Alicia. Y así, juntos y en vilo, escuchan las explicaciones, largas, las medidas, duras, y las previsiones, poco o nada halagüeñas.

—¿A ti qué te parece? —pregunta él cuando termina la intervención.

—Que es lo que hay. Si tenemos que quedarnos en casa, nos quedamos y listo.

—¿Sin hacer nada? Mano sobre mano. ¿Con la que está cayendo?

—Sin hacer nada no, evitando propagar el contagio.

—¿Y si ya nos hemos contagiado?

—Pues esperamos igual.

—No sé si yo ya tengo un poco de fiebre. Llevo todo el día con un mal cuerpo... A ver, tócame.

Alicia le pone la mano en la frente.

—Treinta y seis con dos.

—¿Con dos? ¿Cómo lo sabes?

—Muchos años de práctica.

—No me quieres nada, Ali.

—Qué va, te quiero muchísimo.

—Yo sí que te quiero. Y para que veas que no te guardo rencor, voy a ir a por el termómetro para que nos miremos la temperatura.

—¡Pero si yo estoy bien!

—Hay que prevenir. Por cierto —dice haciendo la pregunta que Alicia ya espera—, ¿dónde está el termómetro?

—En el segundo cajón de la cómoda.

—Lo sabía, solo preguntaba para ver si tú también lo sabías.

Alicia ríe, aunque Manuel ya haya usado ese chiste muchas otras veces. Va a cumplir los cincuenta en octubre, él los cumplió la semana pasada. Dentro de un mes hará veinticinco años que se casaron. Veinticinco años dan para todo, pero nunca, ni en los peores momentos, se les ha pasado por la cabeza cortar y tirar cada uno por un lado. Claro que tampoco han pasado nunca las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana con el otro como única y constante compañía.

Vuelve con un termómetro de los de toda la vida y se lo coloca bajo el brazo.

—¿Cuánto tiempo lo tengo que tener?

Se ha medido docenas de veces la temperatura y todavía le sigue haciendo esa pregunta.

—Un buen rato.

Se quedan en silencio, esperando.

—¿Sabes en qué estoy pensando?

Y Alicia lo adivina porque está pensando lo mismo.

—En París.

—En París. Me parece que esta vez tampoco va a poder ser.

—Aún falta un mes —protesta ella sin mucho convencimiento—. Quizá para entonces ya se pueda viajar.

—¿Tú crees?

Y aunque Alicia es obstinada, también sabe admitir cuando no queda otra que atenerse a la realidad.

—Tienes razón. Será mejor que devuelvas los billetes.

—Ya iremos más adelante —dice para consolarla.

—Sí, en cualquier otra ocasión.

Y, como se conocen bien, ambos saben que no están nada convencidos, pero fingen que sí.

—¿Me lo puedo quitar ya?

—Mira a ver. ¿Cuánto marca?

Manuel mira el termómetro y sonríe como un bendito.

—Treinta y seis con dos.

15 de abril de 1995

—¡Vivan los novios!

Una lluvia de arroz llega desde todas las direcciones. Alicia y Manuel se refugian el uno contra el otro. La cabeza de ella contra el hombro de él y el ramo de lirios silvestres haciendo de escudo protector.

—¡Ali! ¡Una foto!

Carmen, vestida de rojo, agita el brazo con la cámara en alto.

Ya por entonces, Manuel, sin que aún estuviesen de moda, era aficionado a los selfis. En lugar de pedírselo a alguien, él mismo tiró la foto. Salieron los tres con la pose extraviada, un poco borrosos, pero muy emocionados, muy felices.

Se casaron en el pueblo de los abuelos de él, en la sierra norte de Guadalajara, un rincón de cuento, muy cerca del hayedo de Tejera Negra y ya en esos años casi despoblado. No hacía ni un mes que acababan de autorizar que en los ayuntamientos, y no solo en los juzgados, se oficiasen bodas. El alcalde, que estaba como loco por atraer al turismo de la capital y había convertido un caserón abandonado en hotel rural, aceptó encantado.

Invitaron solo a la familia más cercana, a los amigos de verdad y a las compañeras de trabajo de Alicia. Del trabajo de Manuel no fue nadie. Se había incorporado un año antes al departamento de Investigación y Desarrollo de una

gran multinacional, pero el ambiente no daba para estrechar lazos. Las órdenes de arriba eran reducir costes, la gente con más años estaba quemada y los nuevos venían pisando fuerte. Había mucho tiburoneo, mucho trepa.

Fue un día —casi— perfecto. Alicia, que siempre se quejaba de que no salía bien en las fotos, aparecía radiante en todas. Con el pelo suelto formando esas ondas tan naturales que costó tres pruebas en la peluquería conseguir, con un vestido muy sencillo y muy romántico, de inspiración ibicenca, con Manuel y ella sin dejar de mirarse y tocarse. Solo se torció al final. Cuando los primos de Manuel, a pesar de todas las advertencias de Alicia y las negativas de Manuel, soltaron una vaquilla.

A Alicia no le faltó nada que llamarlos —incluyendo bestias, anormales, paletos y salvajes—. A los primos les entró por una oreja y les salió por la otra y, como eran más y tenían más fuerza, se llevaron a Manuel en volandas y lo dejaron solo ante el peligro, es decir, con la vaquilla.

Era poco más que un ternero. Alicia estaba indignada por ese abuso del pobre animal, pero cuando la vaquilla revolcó a Manuel por el suelo a la primera de cambio, se vio recién casada y viuda.

—¡Ay, Carmen, que me lo matan! —gritó aferrándose al brazo de su dama de honor. Luego Carmen le enseñó el moretón.

Manuel salió del trance cojeando, pero aparentemente sin más daños que el destrozo en las costuras del chaqué. Ahí se volvió a liar. Alicia mandó parar la música y cerró la barra libre. Manuel, pasado el susto, aseguraba estar en condiciones de volver al ruedo.

Fue su primera discusión de casados y la solucionaron negociando. La fiesta siguió, pero con la condición de que la vaquilla volviese al cercado de donde había salido.

La reconciliación completa llegó en el hotel. Para algunas cosas, Alicia es pragmática de más y eso le pasó con la noche de bodas. Entre el cansancio, el susto, la discusión y

que al día siguiente tenían que madrugar —se iban a París de luna de miel, allí sí que pensaba ser romántica—, estaba por apagar la luz y ya mañana sería otro día. Pero cuando salió del baño se encontró con que Manuel había traído un radiocasete —todavía no había iPods ni mucho menos *smartphones*—, y estaba sonando *El sitio de mi recreo*, como aquella otra primera vez.

«Donde nos llevó la imaginación...».

La imaginación los llevó a muchos sitios, esa noche y otras, pero no a París.

A las diez salía el vuelo de Barajas, a las ocho ya habían facturado las maletas, a las ocho y media recorrían los pasillos de la terminal, pero Manuel iba a rastras con una pierna.

—¿Te duele?

—A ver... Un poco sí. Si encontrásemos una farmacia abierta...

—¿Aquí?

—Tiene que haber farmacias en el aeropuerto. Con toda la gente que pasa...

—Pero a saber dónde.

Preguntaron. Les dieron mal las indicaciones. Volvieron a preguntar. La encontraron.

—Queremos un calmante.

—¿Qué tipo de calmante?

—Para el dolor.

La farmacéutica los miró sin pestañear.

—Un relajante muscular —especificó Manuel—. Un Valium o algo parecido.

—Huy, hijo, eso no te lo puedo dar sin receta.

—Entonces un Espidifen.

—¿Ibuprofeno? Pero a ti ¿qué es lo que te pasa? —preguntó la señora mirándole por encima de las gafas de cerca.

—Le ha revolcado por el suelo una vaquilla —saltó Alicia con el rencor aún reciente.

—Me torcí el tobillo —dijo Manuel menos comprometedor.

—A ver, arremángate el pantalón, que vea cómo lo tienes.

Manuel obedeció. Se subió la pernera del vaquero y se bajó el calcetín. Todo con grandes muestras de sufrimiento y aire de cordero degollado.

—Pero bueno, hijo, ahí tienes un esguince como un castillo. Eso no te lo va arreglar un antiinflamatorio. Para eso tienes que ir a Urgencias ahora mismo.

Tenía el tobillo como una bota, todo hinchado y amoratado.

—Pero ¿cómo no me has dicho nada? —gimió Alicia.

—No te quería preocupar y, además, tenemos que coger el avión.

—Vosotros veréis, pero yo no viajaría en esas condiciones —sentenció la farmacéutica—. Y aunque os vayáis de cabeza a un hospital nada más aterrizar, no sé si con las muletas vais a tener muchas ganas de hacer turismo.

Alicia tardó unos segundos en asimilar la idea. No era solo el vuelo, era el viaje, la semana de hotel, el Louvre, Notre Dame, la torre Eiffel. Todo perdido.

—Venga, vámonos. Aún estamos a tiempo de coger el avión. Seguro que mañana estoy mucho mejor —dijo Manuel estoico, al advertir su desilusión.

Pero ella se rehízo enseguida.

—No importa. París puede esperar.

—¿Estás segura? —preguntó él con cara de pena. Alicia no supo bien si era por la luna de miel arruinada o por el dolor en el tobillo.

—Segura del todo. Vamos a casa. ¿Puedes andar? Apóyate en mi hombro.

Y así regresaron, sin maletas, sin viaje y cojeando. Y sin París. Pero juntos.

25 de marzo de 2020

Ya ha limpiado la casa de arriba abajo, ha hecho pilates y zumba siguiendo los tutoriales de distintos canales de YouTube. Un día hasta Manuel se le unió, uno solo porque al día siguiente tenía agujetas, tortícolis y calambres cervicales y ya no repitió. Ha ordenado los armarios con el método de Marie Kondo y luego los ha vuelto a dejar igual que antes, porque la visión de las camisetas enrolladas la desestabiliza en lugar de equilibrarla.

También ha hablado con el gestor que les lleva la asesoría fiscal y laboral, con las mamás y los papás, con las monitores, con la empresa que se encarga de la limpieza, con la del *catering*, con la que les alquila el local y con Carmen, claro. Muchas familias han renunciado a que les devuelvan la cuota de marzo —y Alicia se lo agradece en el alma—, pero no tendría sentido pasar la de abril. Ni siquiera está claro que puedan reabrir en mayo.

—¿Tú qué piensas?

—Yo lo veo chungo —dice Carmen—. Pero habrá que mirarlo por el lado bueno, Ali. Todo el mundo está igual.

—¿Ese es el lado bueno?

—Qué quieres que te diga, si nosotras estuviéramos jodidas y a los demás les fuera de puta madre, me fastidiaría. Pero de esta manera, me consuelo.

Así es Carmen: directa. Y un pedazo de pan, de las que ladran mucho, pero luego haces con ella lo que quieres. Se

conocieron cuando estudiaban Educación Infantil y empezaron a trabajar casi al mismo tiempo. Las dos con veinte años. Las dos mal pagadas, con muchos más niños de los que podían atender razonablemente bien y unas condiciones de trabajo muy mejorables. Sacar adelante su propia escuela infantil —el término «guardería» no les gusta nada ni a Carmen ni a Alicia— fue un sueño hecho realidad, pero no sin sacrificios ni muchos momentos en los que estuvieron a punto de arrojar la toalla. También es mala pata que, después de tantos años en la cuerda floja, justo ahora que las cuentas comienzan a cuadrar, todo amenace con irse por la borda. Han formado un buen equipo: educadoras, personal externo, las familias, los niños... Es a ellos a los que más echa de menos. Añora sus voces, las risas, las canciones, las palmas.

Alicia no sabe cómo se las van a arreglar, pero en cuanto les den permiso reabrirán. Si es para media docena de niños, pues para media docena.

—Cómo lo sabes, Ali, deseando estoy. Deseando.

Oye la puerta del garaje y se despide.

—Te dejo, Carmen, que ya ha vuelto Manuel.

Ha ido a recoger las medicinas para sus padres, pero aparece cargado con un montón de bolsas.

—¡Servicio a domicilio!

—Pero ¿por qué no me has dicho que ibas al supermercado?

—Porque me habrías dicho que no, igual que ayer, y que anteayer y que antes de antes de ayer.

—¡Pero te dije que quería ir yo!

—Pero es que no has ido.

—¡Porque todavía podíamos aguantar!

—Con dos zanahorias, un yogur y media barra de salchichón. Mira, Alicia, yo así no puedo vivir. Si ya no quedaba chocolate y estaban a punto de acabarse las galletas.

—¿Y por qué has comprado arroz si había tres kilos?

—Pues ahora tenemos cinco. ¿Algún problema?

—¿Y la fruta?

—He comprado fresas.

—¿Y qué hacemos con una cajita de fresas para toda la semana?

—Pues mañana vas y compras lo que te dé la gana...

—Pero es que la idea es evitar salir.

Así están día sí y otro también. Después de la animación artificial de las primeras jornadas —de la gimnasia, de la limpieza, de la dieta sana y creativa—, el goteo o más bien el chaparrón de malas noticias hace difícil mantener el ánimo. Sería más fácil si estuvieran ocupados. Eso intenta hacer Alicia, pero a Manuel le cuesta encontrar con qué llenar tantas horas. En teoría está teletrabajando, pero después del no parar de correos y llamadas de la primera semana todo se ha ralentizado. Apenas hay actividad. Los talleres están en servicios mínimos y los concesionarios cerrados.

Esa es otra razón por la que a Manuel le cuesta concentrarse y todo el tiempo está buscando algo nuevo que hacer.

—¿Qué pasa? ¿No te ha llamado Núñez?

—Llamó a primera hora. Ha propuesto a todos los delegados que cojamos ahora las vacaciones.

—Pues no es tan mala idea, ¿no?

—¿Y luego qué, Ali? Cuando se acabe el mes de vacaciones, ¿qué va a pasar?

Alicia suspira.

—Nadie sabe lo que va a pasar.

Manuel coge un pulverizador y empieza a rociar con agua clorada los envases de los productos que ha dejado sobre la encimera. Sí, parece de locos y es lo que pensó Alicia la primera vez que lo vio, pero ya no le parece tanta locura, y hasta se queda más tranquila por que sea tan puntilloso, incluso un punto obsesivo para sus cosas.

—¿Y si vuelvo a quedarme en la calle? ¿Quién va a contratarme a mi edad? Con lo que me costó encontrar trabajo la otra vez y entonces tenía diez años menos.